

CONSUELO DE BOBOS

Cuentan las crónicas que cierta tarde en que sobre Santander caían chuzos punta, y conociendo su defensa de las ventajas climatológicas de aquella ciudad, un contertulio de rebotica salió a la llegada húmeda de don Marcelino Menéndez y Pelayo con, «¡Vaya día!» lo que, al parecer, replicó, de inmediatez, el gran sabio y memorable escritor — quien no queremos llamar, como es costumbre, «insigne polígrafo», no porque no lo fuera, sino porque las etiquetas tópicas son siempre funestas—, diciendo: «Ya, ya. ¡Cómo estarán en Bilbao!» Por supuesto, la anécdota no se resucita por razones autonómicas, sino para certificar de manera lo que la paremiología califica como consuelo de bobos puede alcanzar hasta a los sabios más acreditados. Y como entradilla, entre culta y valdemora, fotografía holandesa en la que vemos circular por las calles de Amsterdam un hombre con una pancarta en la que advierte: «Ando buscando trabajo.» Fundamentalmente, para que nadie cuando se comente el creciente y alarmante número de trabajadores en paro, replique con un «¡Cómo estarán en Amsterdam!», pretendiendo que nos consolemos con semejante melonada europeísta, adelantándose, subrepticamente, a calificarnos de bobos.

Para consuelo de bobos —que, naturalmente, dispondrán de trabajo si publicamos la foto, que a nosotros nos consuela muy poco, acaso porque no entendamos, por muchas crisis universales que nos descarguen en el futuro—, cómo puede pasarse de una situación de casi pleno empleo a otra de casi pleno paro —o, al menos, de unos índices de paro absolutamente insoportable

Un breve espacio de tiempo, mientras, además, se nos afirma que hemos entrado en el paraíso, como aquel que dice. En este breve comentario eludimos cualquier acusación en relación con la abrumadora realidad de desempleo, y mucho menos el ponerle nombres propios, tanto colectivos como individuales. Nos limitamos a decir que no podemos conformarnos, consolarnos bobaliconamente, con cómo estarán en Amsterdam, por el hecho de que aquí no se haya practicado, todavía, el paseo solitario con pancarta en solicitud del derecho al trabajo, que es fundamental entre los derechos humanos, como es bien sabido y frecuentemente olvidado, y a las pruebas estadísticas nos remitimos.

Ciertamente, también nos brinda la fotografía la posibilidad de otra comparación, y ésta en el terreno de las conductas democráticas. Porque la de ese hombre que advierte, en una pancarta, «Ando buscando trabajo», es una manifestación, por muy individual que sea. Una manifestación para un país en que la democracia es una realidad y no una amenaza, un bien general y no un mal gravitante. No es una manifestación contra, sino una manifestación por. De igual manera, la pancarta, aunque se adivina pesada y sólida, es una llamada, posiblemente un alegato, pero no es un arma. Al paso del manifestante, los demás transeúntes no se ven amenazados, ni tiemblan las lunas de los comercios esperando caer hechas añicos, ni los coches aparcados junto a las aceras deben temer por su integridad. Por todo ello, tampoco en este sentido queremos que se utilice la fotografía para consuelo de bobos.

«Ando buscando trabajo.» Esa es la realidad profunda de esta fotografía, hecha en Amsterdam, donde el paro alcanza solamente a un cinco por ciento de la masa trabajadora. Y ahora sí que no queremos seguir con las comparaciones.